

Cantos de Juanelo

Por el Este, a unos dos kilómetros del Sonseca antiguo y a sólo uno de las últimas casas actuales, y muy cerca también de su término por el Sur-Este, está la cantera conocida vulgarmente como Cantos de Juanelo, dentro de la finca conocida como Fuente Techada, que fue del Conde de Malpica en el siglo XVIII y del Marqués de Torrecilla a principios del siglo actual.

Asegura la tradición que fue en esta cantera donde Juanelo Turriano mandó sacar y labrar cuatro pilares de piedra berroqueña, con el fin de construir en Aranjuez un palacio sobre el río Tajo. Estos cantos serían las columnas sobre las que descansarían dicho palacio. Otra versión asegura que eran para hacer una escalinata en el Alcázar de Toledo, todo ello en tiempos del Emperador Carlos I de España (V de Alemania).

El tal Juanelo Turriano era italiano y fue el inventor en Toledo de un artilugio para elevar el agua del río y otro invento suyo fue el autómeta llamado «hombre de palo», del cual derivó el nombre de una calle de la Capital, llamada antes de Fundidores.

Sea cual fuera la versión verdadera, es lo cierto que hasta el año 1949 tres de estas piedras estaban en término de Nambroca, junto al camino de Sonseca a este pueblo, tras pasar por Chueca, y el cuarto permanecía dentro de la misma cantera.

Se ignora cómo pudieron rodar en aquellos tiempos unas moles de piedra de tales dimensiones, pues son cilindros de 11 metros de largo y 1,45 metros de diámetro, lo que supone un peso de 54 toneladas cada uno. Es de suponer que les llevarían rodando sobre fuertes rodillos de madera, que se iban poniendo delante, una vez que ya había pasado sobre ellos, a especie de cadena sin fin. Quizás parejas de bueyes ayudaran al tiro, por medio de cuerdas. Ello hacía la marcha tan lenta que el vulgo cantaba aquel canto que se hizo popular:

Los cantos de Juanelo
ya van andando,
llegarán a su sitio
sabe Dios cuándo.

Tampoco se conoce con seguridad el porqué sólo se llevaron tres postes o cantos, desde la cantera hasta cerca de Aranjuez y no el cuarto que quedó dentro de la cantera, pues lógico es que llevar los cuatro juntos supondría casi el mismo esfuerzo y trabajo que para los tres y en cambio llevar después el cuarto solo supondría repetir todo este esfuerzo y trabajo.

48

Posiblemente la razón fuera que este cuarto canto quedó un poco más pequeño y se pensaría en cortar y labrar uno nuevo.

De hecho en la cantera hay uno más cortado, pero sin separar todavía de su sitio, y por tanto sin labrar.

Tampoco se conoce la razón de que el proyecto se abandonara y con ello los cantos quedarán en el sitio donde han permanecido desde entonces.

Para nosotros los sonsecanos, que siempre sentimos como nuestra dicha cantera, y canto que tenía, más que los de Orgaz, quizás por su mayor proximidad, era un lugar de encuentro de todos los chicos en las tardes de los jueves, que teníamos descanso escolar, o bien en los festivos, organizando excursiones colectivas con los catequistas, con merienda incluida, generalmente formada por sardinas saladas, compradas en la tienda de María Felisa.

Allí se jugaba a varios juegos infantiles, nos divertíamos y nos comíamos en paz y con buen apetito nuestra merienda.

Era tradición el hacer frotar un canto sobre la superficie de una cara circular del «canto» de Juanelo, al tiempo que otro chico lo escuchaba pegando su oído a la cara opuesta. De ello tenía más pulimentada que el resto la parte central de dicha cara.

Sentados sobre la arista superior del «canto» estábamos 35 chicos y aún sobraba canto, en una foto de los años 1940 al 42.

Pero lo escrito habla, y cuando se trabajaba en la construcción del Valle de los Caídos, alguien encontró algún documento sobre estos cantos y pensó usarlos para colocarlos, cual rígidos vigías, a la entrada de dicho Valle de los Caídos. Hechos los estudios pertinentes, vieron que eran factibles de transportarlos y dispusieron su traslado.

Era ya caída la tarde del día 23 del mes de octubre de 1949 cuando, regresando mi padre q.e.p.d. y yo de caza, desde Fuente Techada, vimos a dos personas que caminaban por la zona próxima a nuestro itinerario, sin rumbo fijo, como buscando algo. Al vernos se nos acercaron y nos preguntaron dónde estaba la cantera conocida como Los Cantos de Juanelo, pues llevaban tiempo buscándolos por allí sin encontrarlos. En lugar de darles explicaciones, regresé con ellos unos 300 metros, se la mostré y reemprendí de nuevo mi regreso al pueblo, mientras ellos tomaban notas y regresaban al coche que tenían en un camino próximo. Al día siguiente se empezó a comentar la noticia de que se iban a llevar el «canto de Juanelo». El día 26 empezaron a llegar potentes máquinas y empezó la operación necesaria para hacer posible lo que a muchos nos parecía imposible.

Primero, buscando un punto de acceso desde la carretera que no tuviera terraplén, trazaron un camino hasta la cantera, a base de apisonar fuertemente el terreno que, naturalmente, estaba ya sembrado de cereales. Por este camino entraron el resto de las potentes máquinas y una serie de hierros, ruedas de avión y demás traídas por un camión.

Entonces es cuando ya se supo, pues no había todavía televisión y las noticias llegaban con más retraso, que los otros tres cantos de Juanelo, los del camino de Nambroca, ya estaban en su destino, la entrada al Valle de los Caídos, pues la operación se había iniciado un mes antes, justo el 24 de septiembre anterior, bajo la dirección del Coronel Servet, Jefe de Obras del Aeropuerto de Barajas.

Y tras los preparativos oportunos, con un incesante movimiento de las citadas máquinas, potentes tractores de cadenas, apisonadora y demás, fue el día 27 de octubre cuando por fin se inició el traslado del canto que aquí quedó inmóvil durante siglos.

Para ello clavaron unas potentes barras de hierro en el suelo, frente a la cantera por el lado sur, que es el único de pendiente más suave, hasta la profundidad suficiente, sin dar en piedras en el subsuelo. Ataron a estas barras dos fuertes cables de acero que después pasaron por debajo del canto y los extremos contrarios los llevaron a sujetar a las potentes máquinas traídas, las que, al tirar del cable sin moverse, sino arrollando despacio sobre fuertes rodillos que tenían, hicieron rodar el canto por igual, primero por la pendiente de la cantera, que había sido cuidadosamente limpiada de piedrecillas y tierra y después por el terreno de cultivo, que había sido también apisonado.

Así llevaron el canto hasta las citadas barras clavadas, lo que por ello ya garantizaba que debajo no había piedras. Después pusieron sobre el canto una chapa de igual longitud y con una potente máquina tiraron de una armadura metálica traída por el camión, la cual se deslizó por arriba, sin rozar el canto. Empezaron luego, a base de obreros sonsecanos, con picos y palas, a quitar la tierra de debajo de la parte oriental del canto (aquella donde los chicos poníamos el oído al tiempo que otro rozaba con una piedra al lado contrario), y los tractores con palas quitaban la tierra lateral y la de delante, hasta formar una rampa suave y larga para entrar en ella la parte delantera de un potente camión. Quedó así el canto situado sobre un paralelepípedo de tierra de unos 40 ó 50 centímetros de altura. Además en los lugares correspondientes, debidamente calculados, los obreros quitaron la tierra de debajo del canto, de uno a otro lado, formando como unos subterráneos, en cuyos huecos fueron metiendo, pieza a pieza, y armándolas debajo, los trenes de ruedas que soportarían después el peso. Eran ruedas de avión, de las usadas por los grandes tetramotores que había en aquellos tiempos, posiblemente muy pequeñas comparadas con las de los aviones actuales, pero a nosotros nos parecieron gigantescas. Estos trenes de ruedas se sujetaban después a la armadura metálica colocada sobre el canto. Pusieron luego un fuerte cable sujeto al principio de la armadura metálica y pasado por debajo del canto de uno al otro lado, a la vez que se sujetaba a la par-

te superior de la citada armadura según avanzaba hacia atrás, hasta llegar con el otro extremo al final de esta armadura.

Una vez todo colocado, puesto el camión sin caja delante y sujeto a la armadura metálica, quitaron la tierra restante de debajo del canto, que fue así poco a poco quedando colgado por el cable de la armadura.

Una vez alisado bien debajo del canto, para que los ejes posteriores del convoy pudieran salir bien, quitada la chapa que el canto tenía encima, engancharon delante del camión otro igual, sin caja, y dos potentes tractores orugas y todos juntos, a paso lento, fueron sacando todo el conjunto por la rampa preparada y después por el camino apisonado hasta la carretera N-401, sobre el Km. 96 aproximadamente. Había sol todavía, pero ya estaba muy avanzada la tarde.

Naturalmente la velocidad del convoy, una vez en carretera, era lenta y se podía ir caminando a su lado sin prisas, siendo ayudado por el otro camión, para tirar de él en las cuestas arriba y para frenar, tirando por detrás, en las cuestas abajo, con el fin de que el peso no desequilibrara al camión motriz.

Fue un día memorable, y especialmente la tarde, para nosotros los sonsecanos que habíamos presenciado las operaciones de sacado del canto desde su cantera hasta la carretera, o bien saliendo al final a verle pasar. Así caminamos muchos hasta Ajofrín, cuyo paso por los estrechos puntos que tenía la carretera, obligó a hacerlo muy despacio y con precauciones extremas. Cuando le vimos seguir hacia Burguillos regresamos de nuevo a Sonseca, no sin cierta melancolía y nostalgia, pues aquella cantera había perdido su encanto principal, el Canto de Juanelo.

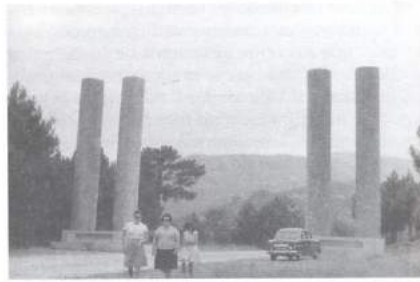
Como el peso del canto es de 54 toneladas, a lo que había que añadir el peso de la armadura, cable, ejes, ruedas, etc., este peso y el calor que al circular generaban, originaba frecuentes reventones de alguna de las 22 ruedas que llevaba la plataforma, las que tenían que ser cambiadas. Ello originaba paradas, por lo que el convoy sacaba una media de sólo unos 7 a 8 kilómetros por hora, circulando preferentemente por la noche, disminuyendo el calor que las ruedas recibían.

A su paso por Toledo, el puente llamado entonces Nuevo fue reforzado por un andamiaje de madera que, desde la base, dio refuerzo al arco de medio punto que forma, para impedir imprevistos.

A su paso por Madrid, el primer canto fue llevado desde Cibeles por la calle Alcalá, Gran Vía y Princesa, despertando la curiosidad de los madrileños, algunos de los cuales habían antes escuchado el rozar de una piedra en el canto de Sonseca. Los otros dos y el de Sonseca, que fue el último en ser llevado, pasaron por la Castellana y Abascal, pasando luego por la Moncloa, hacia su destino.

Y así, de forma que al final nos pareció sencilla, perdió vigencia el ya citado cantar popular, pues los cantos de Juanelo no llegaron a su sitio previsto al principio, pero sí al que se le asignó siglos después. ¿Qué habría pensado Juanelo si ve caminar sus cantos, a esa para él increíble velocidad y camino de un punto tan distinto y tan distante del suyo?

Si Nambroca perdió tres cantos y Sonseca uno, nos quedó el consuelo de que los ganó España y ahora forman silenciosa guardia a la entrada del Valle de los Caídos, donde han sido y serán admirados por miles de personas y donde es de esperar que permanezcan muchos siglos más.



Cantos de Juanelo (situación actual). (Foto del autor.)